

EL PORVENIR DEL OBRERO

Núm. 49.

MAHÓN 13 Octubre de 1900.

DIRIGIR LA CORRESPONDENCIA: J. Mir y Mir EN MAHÓN (ISLAS BALEARES)

APARECE CUANDO PUEDE.

Provincia de

St. D.

Perturbadores

Se dice con frecuencia que las ideas socialistas han venido á soliviantar á los que antes vivían satisfechos de su suerte, que han roto la paz y la armonía en las relaciones entre pobres y ricos, que culpa suya son—de las nuevas ideas—los trastornos de la época presente y los peligros que amenazan para el porvenir.

Estas acusaciones son á primera vista harto graves: veamos además si son justas.

¿Es cierto que los trabajadores vivían felices y contentos antes de que oyeran hablar de Socialismo?

¿Son, ó alguna vez han sido, soportables las relaciones *armónicas* y *pacíficas* entre ricos y pobres?

¿El malestar que reina entre los obreros y los trastornos que ese malestar ocasiona, son producto de las ideas modernas?

A todas estas preguntas pueda cualquiera contestar por sí mismo con solo acudir á la observación de lo que ocurre y al recuerdo de lo que siempre ha visto y oído contar de otros tiempos y de otras tierras.

No son los viejos, por natural instinto, partidarios de las cosas nuevas; el contrario, encuentran á faltar su vigor físico, los años y el exceso de trabajo las han quitado el buen humor, las ilusiones y las esperanzas; por lo mismo, no es raro oírles repetir la cantinela de que

cualquiera tiempo pasado

fué mejor;

y, efectivamente, es mejor para cualquiera ser joven que viejo. Preguntemos, sin embargo, á los viejos y á poco que nos interese en hacerles hablar, nos contarán, por ejemplo, de cuando los pobres de esta isla comían torta de cebada, por no poder comprar pan de trigo; nos contarán de cuando los pueblecitos del interior eran presa continua de fiebras palúdicas, porque nadie cuidada de sanear los alrededores y á consecuencia de las pésimas condiciones de las viviendas y de la alimentación; nos contarán el porqué de la emigración á la Argelia; nos dirán lo que ganaban trabajando y cómo vivían y cuantas veces al año comían carne.

Todavía son muy contados los braceros del campo que han oído hablar de cuestiones sociales, y ésto, en todo caso, muy recientemente: pues bien, que se les pregunte si están satisfechos del jornal que ganan y de las comodidades que pueden proporcionarse. El jornal acostumbra ser de seis á siete reales vellón por trabajar de sol á sol, cobran solamente los días que trabajan, de modo que hay que descontar—del cobro, pero no de

la necesidad de comer—los domingos y días festivos y los en que el mal tiempo les impide salir al campo. Además, hay temporadas en que el trabajo escasea y también hay que vivir. Prescindamos ahora de todas estas últimas agravantes—¡ojalá pudiera el obrero prescindir realmente!—y calculemos cómo con una peseta y media puede mantenerse una familia.

Y sin embargo viven, podrá decir alguno. Al cual contestaremos preguntando á nuestra vez: ¿pero cómo viven? ¿qué son para estas pobres gentes las comodidades, los placeres, los entretenimientos, todas aquellas cosas que constituyen la alegría de vivir? También vive el buey que ara y el mulo que tira de un carro, muy tranquilos ambos después de la castración. ¿Es que también se quiere que los obreros vivan moralmente castrados, sin otro deseo ni más aspiraciones que alimentarse para seguir viviendo y trabajando para que otros sin trabajar gocen de todos los placeres, de todas las comodidades y de todos los lujos que á ellos les son negados? Porque la paz y armonía de las relaciones entre ricos y pobres consiste en ésto: consiste en que los últimos trabajen y produzcan lo que los primeros necesitan para holgar y gozar de la vida. También consiste en que los que trabajan y no disfrutan aparezcan contentos y satisfechos, procurando no turbar con sus quejas y menos con sus protestas, la dulce tranquilidad de *las familias que tienen*, como dijo un celebrado escritor *de su parte al buen Dios y seguras rentas, religión y antepasados*. Esta es la buena armonía que hay que conservar, este el orden que no debemos subvertir.

Hemos hablado de los obreros del campo porque se les cita como modelo de resignación. De los ciudadanos se puede decir lo mismo ó algo peor. Ganan casi lo mismo, se alimentan poca diferencia y por añadidura tienen á todas horas ante sus ojos el espectáculo insultante del lujo y el conocimiento del modo de vivir de los que se enriquecen á costa de ellos.

Los obreros de todos los oficios se alimentan mal, en cantidad y en calidad, y viven en habitaciones antihigiénicas. Cuando enferman no pueden cuidarse, porque necesitan trabajar, aunque les perjudique; si la enfermedad se agrava no pueden pagar quien les cuide, ni escoger el médico de su confianza, ni comprar ciertas medicinas que resultan caras, ni mudar de clima si les conviene. Las mujeres, debilitadas por un trabajo excesivo y una alimentación insuficiente, no paren niños robustos ni pueden lactarles convenientemente, y estos niños crecen, por consecuencia, delicados y enclenques, preparando para el porvenir hombres degenerados.

Todas estas cosas ocurren y lo sabemos y lo decimos cada día todos. Las ven, naturalmente,

mejor que nadie los obreros, y por ésto se quejan, y por ésto protestan y se rebelan los más decididos, y buscan manera de remediar tantos males y tan graves. No son las ideas modernas, sino los sufrimientos propios lo que provoca las tan condenadas rebeldías de los obreros.

Han estado por espacio de muchos siglos á completa merced de los señores y de los clérigos y sus males no se han remediado. Los políticos, más ó menos liberales, les han dado medios de instruirse y de asociarse y de relacionarse, pero no les han resuelto el problema en su parte más esencial, esto es, en su parte económica. Por ésto el pueblo, que comienza á sentirse fuerte, desea librarse de tutelas y obrar por sí mismo en beneficio propio. ¿En nombre de qué principio racional y justo se le puede cohibir?

El Socialismo, por más que digan los intrrredados en sostener el actual régimen, no ha producido malestar; es, por el contrario, una consecuencia del malestar. Por no avenirse á continuar sufriendo, comenzaron á reflexionar los obreros más inteligentes é idearon una sociedad mejor organizada, en que cada cual pudiese gozar del producto completo de su trabajo. El Socialismo, según nosotros lo entendemos, no es otra cosa que la aspiración á una mejor organización social, bajo la base, inevitable y única posible, de la socialización de la riqueza y de los instrumentos del trabajo.

No rechazamos, sino que aceptamos gustosos los socialistas el dictado de perturbadores. Queremos perturbar y destruir todo lo que creemos malo y productor de sufrimientos; porque solo perturbando y destruyendo lo malo podremos sustituirlo con lo que creemos bueno y regenerador. Los que viven de la injusticia y del privilegio, si son egoístas, es natural que consideren al Socialismo como una amenaza; pero tengan en cuenta que es la única esperanza de los que actualmente sufren. Por la fuerza natural de las cosas, no por voluntad de algunos individuos ni por prejuicios de alguna escuela filosófica ó política, se presentan dos caminos que seguir á los trabajadores: ó el Socialismo, ó la continuación y probable agravación de sus miserias.

Bajo la bandera socialista se agrupan los *perturbadores*, ó sea, los que no están satisfechos y aspiran á su mejoramiento propio y al de su clase toda. Los sumisos y resignados, los que viven alegres y contentos con el actual orden de cosas, éstos no van al Socialismo; éstos pueden continuar bajo la férula del amo, de la autoridad y del sacerdote.

M.

El esclavo no debe concebir siquiera el deseo de emancipación; lejos de hincharse de orgullo al verse confundido con su amo en las asambleas cristianas, debe servir con mayor celo para hacerse digno de la verdadera libertad. SAN IGNACIO. (ad Policarpo. c. 5.)

¿Cuándo se regenerará España?

Cuando no habrá pena de muerte por falta de quien se preste á hacer el oficio de verdugo.

Cuando no habrá contribución de consumos, ni nadie que se preste á arrendar ni servir tan infamante tributo.

Cuando habrá verdadera libertad de cultos y se respetarán todas las creencias.

Cuando no habrá la irritante contribución de sangre llamada quinta y el ejército será voluntario.

Cuando se supriman las gabelas que pesan sobre la industria y la agricultura dándose protección al trabajo y hasta completa libertad industrial y de cultivo.

Cuando desaparezca la empleomanía y se decrete una severa ley en contra los vagos.

Cuando no haya conventos de monjas ni de frailes.

Cuando la enseñanza sea obligatoria y sin la intervención de ninguna clase de culto.

Cuando las prisiones y presidios sean verdaderos centros de corrección.

Cuando no haya imágenes vestidas de seda y lleven joyas mientras los pobres van desnudos y descalzos.

Cuando no se den factuosos banquetes, mientras hayan infelices que se mueran de hambre.

Cuando no haya militares que lleven cirio en las procesiones, ni curas que lleven trabuco ú otra arma en las contiendas civiles.

Cuando no haya tanta desigualdad en las pagas, desde el general al soldado, y del ministro al pobre portero.

Cuando sean una verdad la justicia y la igualdad ante la ley.

Cuando se castigue al falsario y al ladrón de millones con mas rigor que al pobre que para acallar el hambre roba un pan.

Cuando no haya quien se preste á adular á los poderosos.

Cuando no se castigue por decir la verdad por amarga que sea.

Cuando los pueblos no se presten á ser carne de cañón por el capricho de sus gobernantes.

Cuando no haya fronteras y sean una todas las razas.

Cuando haya unidad de monedas, de pesas y medidas y pueda disponerse por igual de los correos y telégrafos de todo el universo.

Cuando no haya más guerras que las del progreso y del trabajo, en todos los ramos del saber humano.

Cuando, sean una verdad las frases atribuidas al Rededor del mundo: «Amaos los unos á los otros».

Cuando los que pagan manden y los que cobran obedezcan desde el más encopetado al último mono de la monarquía.

Neker.

Guerra Civil

A cien pasos, lo más, del campamento, acostado de bruces en la tierra, sufriendo el agua y esquivando el viento, renegando del mundo y de la guerra, hay un pobre *pistolo* que escondido detrás de un matorral, está de escucha; ¡pobre insecto perdido que arrastraron los vientos de la lucha!

Oyó rumor á poco entre las matas y preparó el fusil, porque veía un bulto negro aproximarse á gatas hácia donde él yacía.

—¡Es un *carca*, redios!—y levantando su cuerpo entumecido, dió dos pasos, el otro fué avanzando, se puso en pié tambien y sorprendido articuló:—Es un *quiri*—sordamente y los dos se miraron frente á frente.

¿Qué pasó por sus almas? ¡Dios lo sabe! Mas no fué nada grave, porque, asidos del brazo, se sentaron los dos en un ribazo.

—De dónde eres?—De Murcia: ¿y tú? de Oviedo.

—¿Hace mucho que *sirves*?—Dos semanas.

—Porqué no *te desiertas*?—¡Si no puedo!

Nos pasan lista todas las mañanas...

—Y eres casi un chiquillo.

Puede que hagas carrera; mira, dame un pitillo;

nos tienen sin fumar la noche entera.

—¿Porqué vas con D. Carlos, que es un pillo?

—Porque tengo seis hijos y les mando dos pesetas que dan, y voy pasando...

¿Tú tienes madre?—¡Y padre viejecillo!

—Anda, tómate un trago de aguardiente!

—¡Lo que es ayer batieron bien el cobre!

—¡Qué trabajos le pasan al que es pobre!

—Toma tabaco, tú.—Gracias, valiente.

.....

.....

Cuando al amanecer, tras lucha fiera,

entre un ciclón de tiros y sablazos

se encontraron los dos en la trinchera,

¡sin mirarse siquiera

se cosieron de dos bayonetazos!

José M.^a de la TORRE.

Diálogo entre un burgués y su hijo

(De *El Esclavo* de Tampa).

—Papá, ¿que edificio es ese?

—Es una fábrica de ladrillos.

—Y de quién es la fábrica?

—Mía, ¿pues qué, no sabes que vivimos de lo que produce?

—¿Y te pertenecen todos esos montones de ladrillos?

—Sí, hijo mío, todos esos ladrillos son míos.

—¡Dios! ¡Cuánto tiempo habrás empleado para hacerlo! ¿Los hicistes tú solo?

—No; aquellos hombres que ves trabajando allí, los hacen para mí.

—¿Y esos hombres, te pertenecen, papá?

—No, esos hombres son libres; ningún hombre es amo de otro; si eso pudiera ser, esos hombres serían esclavos.

—¿Y qué cosa es el esclavo, papá?

—Esclavo es aquél que tiene que trabajar para otro toda su vida, tan sólo por una mala comida y un mal vestido.

—¿Y si el esclavo se enferma, quién paga el doctor?

—Bien... lo paga su amo, él no puede perder su propiedad.

—¿Y por qué esos hombres trabajan tan recio, es que les gusta trabajar?

—Supongo que no les guste; pero ellos tienen necesidad de trabajar, pues de lo contrario se morirían de hambre.

—¿Y son esos hombres ricos como nosotros?

—Hasta cierto punto lo son.

—¿Son dueños de las casas donde viven?

—Me inclino á creer que no.

—Dime, papá, ¿tienen ellos caballos y bonitos trajes y pueden ir á Saratoga en el verano como vamos nosotros?

—Bien... no, ellos necesitan emplear todo su tiempo en ganarse la vida.

—¿Y qué cosa es ganarse la vida, papá?

—Para ellos significa ganar lo suficiente con que comprar alimentos y vestidos.

—Entonces, ¿están ellos mejor que los esclavos?

—Por supuesto que sí, tonto, ellos son libres; pueden no trabajar si no quieren. Pueden dejarme cuando les dé la gana.

—¿Y si te dejan, no tendrán que trabajar para otro?

—Desde luego, tendrán que trabajar para otro cualquiera.

—¿Y trabajando para otro, tendrán algo más que no sea lo indispensable para vivir.

—Creo que nó.

—¿Y entonces, cómo pueden estar mejor que los esclavos?

—¿Cómo?—¡vaya una pregunta!—te diré—¡ra-yos, son libres, pueden votar!

—¿Y si se enferman, pagas tú el doctor?

—¡Qué diablos tengo yo que ver con eso! Ellos pagan su doctor y compran sus medicinas.

—¿Puedes tú perder uno de esos hombres que trabajan para tí?

—Por supuesto que sí. Eso nada me importa. Puedo alquilar cuantos hombres necesite á todas horas y en todas partes.

—Entonces, ¿tú no aprecias tanto á esos hombres como si fueran tus esclavos, no es así papá?

—No, creo que nó.

—Pues no veo cómo es posible que estén mejor siendo libres.

—¡Oh! ¡No me hagas preguntas tontas!

—¿De qué se hacen los ladrillos, papá?

—De arcilla, hijo mío.

—¿Y son los ladrillos propiedad de los hombres que los hacen?

—No, los ladrillos son míos, son mi propiedad.

—Cómo, cuando ellos los hacen?

—Porque la arcilla es mia.

—Hiciste tú la arcilla?

—No, Dios la hizo, hijo mío.

—La hizo Dios para tí, papá?

—No, yo la compré.

—Se la compraste tú á Dios?

—No, se la compré á otro hombre.

—Se la compró ese otro hombre á Dios?

—No, supongo que se la compró á otro.

—Y el primer hombre que adquirió tierra, se la compró á Dios?

—Creo que no.

—Y como es que se apoderó de ella? Tenía á esa tierra más derecho que cualquiera otro?

—¡Oh! Yo no sé, supongo que la obtuvo con razón.

—Entonces, si esos hombres que hoy trabajan esa tierra la reclamaran para sí, ¿no tendrían derecho á ella?

—¡Oh! ¡No me canses haciéndome reflexiones tan tontas!

—Dime una cosa papá, ¿si tú no fueras el amo de la fábrica de ladrillos y de la arcilla, qué harías tú para vivir?

—Bien... no sé, supongo que tendría que trabajar para vivir.

—¿Harías tú ladrillos, papá?

—Supongo que sí.

—¿Cómo, te gustaría hacer ladrillos tan solo por comer y vestir, y dejar que esos hombres hicieran los ladrillos para ellos?

—Si eso me gustaría ó no á nadie le importa. El pobre debe trabajar para vivir.

—Si esos hombres fueran dueños de la manufactura y de la arcilla, ¿crees tú que trabajarían para tí?

—Creo que no, probablemente trabajarían para ellos.

—Y no crees que es una gran fortuna el que otro hombre se haya apropiado de la tierra y que tu se la hayas comprado á él?

—Por qué?

—Porque si ese primer hombre no se hubiera apropiado de la tierra, esos ladrilleros serían los amos de la arcilla y tú tendrías que trabajar como ellos tan solo para comer y vestir.

—Hijo mío, debes dar gracias á la providencia por haberte dado un padre que puede mantenerte, vestirme y hacerte pasar vida de señorito sin que tengas necesidad de trabajar.

—Dime, papá, tienen del mismo modo razón los hijos de los ladrilleros para dar gracias á la providencia?

—Bien... supongo que sí.

—Por qué, papá?

—Porque sus padres tienen trabajo constante.

—Y es tener trabajo constante razón para ser feliz.

—Por supuesto que sí, hijo mío.

—Y por qué no trabajas tú, papá?

—Porque no quiero quitarles trabajo á esos hombres. Si yo trabajara les quitaría el pan.

—En verdad que tú eres muy bondadoso. Tú piensas que mientras tú trabajas y el otro descansa, éste se disgustará?

—¡Oh! Bien. Los caballeros no trabajan.

—¿Y qué cosa es caballero, papá?

—Caballero es el hombre que no necesita trabajar para vivir. Pertenece á la clase alta.

—Yo creía que no habían clases altas en este país, Oí decir que todos los hombres eran iguales.

—El hombre que dijo eso debe ser algún anarquista ó algo parecido, ó tal vez sea uno de esos vividores que quieren reunir votos en tiempos de elecciones.

—Dime, papá mi maestra de la escuela dominical dijo hace poco que todos éramos hijos de Dios. ¿Es ella anarquista ó desea obtener votos.

—Bien, eso está bueno para las escuelas dominicales, las iglesias ó para las épocas de elecciones.

—Papá, dime la verdad, honradamente, ¿son los ladrilleros hijos de Dios como nosotros?

—Por supuesto que sí, hijo mío; ellos son lo mismo que nosotros.

—Ahora, no me dejes dudar y contéstame de modo que yo entienda bien. ¿Te acuerdas cuando nos regalaste aquellas docenas de bolas y trompos para mi hermano Luis y para mí, y que yo me apoderé de todo sin dejar que mi hermano los llegara á tocar, por lo que tú me llamaste egoísta, pequeño cochino y ladrón, y me diste una soba?

—Sí, me acuerdo, hijo mío.

—¿Y tú crees que eso es razonable?

—Ciertamente que sí! un padre debe corregir á sus hijos á fin de que no adquieran malos principios. Yo compré las bolas para tí y para Luis. Luis tiene tanto derecho á las bolas como tú.

—Bien, papá, si los ladrilleros son hijos de Dios como tú, son desde luego tus hermanos; y si los obligas á que te den todos los ladrillos que ellos hacen, tan sólo por dejarles usar la arcilla que Dios hizo para todos, ¿no eso lo mismo que yo hice cuando no dejé á Luis que jugara con las bolas que eran tanto del uno como del otro?

—¡Oh! No me fastidies haciendo preguntas tan tontas.

—Dime, papá, ¿tú no crees que Dios pensará que eres un egoísta, un pequeño cochino y ladrón, y que te castigará por haberte apropiado de la arcilla con que se hacen los ladrillos?

—¿Quién te ha enseñado á discurrir de ese modo?

—Nadie, mi sentido común.

—¡Oh... Voy á llamar á tu madre para que te acueste á dormir. Tu modo de razonar me pone de mal humor. ¡Si no te enmiendas, llegarás á ser el peor enemigo de mi clase!

—¡Dios mío, qué oigo! ¡Que me acueste á dormir, que á mi modo de pensar le pone de mal humor, que llegaré á ser el peor enemigo de su clase! ¿Por qué? Porque la razón me dice que no es justo el estado social en que vivimos; porque veo que no

es justo que yo sin trabajar coma ricos pasteles, pasee en coche y vista bonitos trajes, mientras que el hijo del ladrillero se muere de hambre y se halla desnudo!.. ¡Oh!.. Yo estudiaré, sí; pero no será para poner mi pluma y mi palabra al servicio de esa clase egoísta y desnaturalizada, no; yo haré esfuerzos por despertar á los ladrilleros á fin de que hagan libre uso de esa arcilla que es de ellos.... Sí... no es esa generación que va pasando, llena de preocupaciones de patria y religión la que libertará á los trabajadores, no; nosotros, la generación que viene, somos los que al fin haremos la Revolución Social!

X.

Iguales en todas partes

No distingue de climas la hidrofobia sacerdotal. En la Rusiá helada como en el caluroso Rif, la religión no es un calmante de las malas pasiones. Véase como arremete el obispo Theophanes, de la iglesia ortodoxa rusa, contra el gran Tolstoi:

«Los tolstoístas son simplemente ateos. ¿Cómo puede Tolstoi, cuyos escritos son hijos de la locura, tener partidarios? Tolstoi no tiene alma, no cree en Dios; vomita blasfemias contra la madre de Dios, el Salvador y la fé ortodoxa. Tiene la impudencia de citar el Nuevo Testamento, alterando el texto verdadero, y copia paisajes del Evangelio dándoles un sentido falso: es un falsario, y como todos los locos de cabeza vacía, es más dañoso por ser hijo verdadero de Satanás. Que Dios libre de sus garras á las gentes virtuosas.»

Es admirable la poca... aprensión de Theophanes. Llamar *cabeza vacía* al único escritor verdaderamente cristiano de nuestros días, leído con admiración en todo el mundo, solo se le puede ocurrir á un estafalario obispo que tiene grandes rentas y goza de grandes privilegios, precisamente por mantener prácticamente corrompidas y en desuso las enseñanzas de Cristo. Tolstoi, por defender las doctrinas que cree verdaderas sufre molestias y á veces persecuciones. El obispo vive y medra defendiendo lo que sabe efectivamente que es falso.

Esto sucede en Rusia; me guardaré bien de hacer aplicaciones.

Las Guerras

Los tiempos son llegados. El derecho ha encontrado su fórmula. Hoy la fuerza se llama violencia y comienza á ser juzgada. La civilización, cediendo á los clamores del género humano, instruye el proceso criminal á los conquistadores. En muchos casos el héroe no es otra cosa que una variedad del asesino. Los pueblos han llegado á comprender que el engrandecimiento de la maldad no puede constituir su disminución. Si matar es un crimen, matar mucho no puede ser la circunstancia atenuante. Si robar es una vergüenza, invadir un pueblo no podrá ser una gloria. Los Te-Deums no hacen gran efecto, y no podrán impedir en adelante que el homicidio sea homicidio; y no importa nada llamarse César ó Napoleón, porque á los ojos del Dios eterno no se cambia la figura del asesino aunque se ponga, sobre su cabeza en lugar del gorro de presidiario, una corona de emperador.

¡Ah! Proclamemos las verdades absolutas. Deshonremos la guerra. No; la gloria sangrienta no es gloria. No; no es bueno, ni útil, ni humanitario matar á los hombre. No, ¡oh, madres que me rodeáis! no puede ser que la guerra continúe arrebatándoos

vuestros hijos. No; no puede ser que la mujer reproduzca por el dolor, que los hombres nazcan, que trabajen los pueblos y siembren; que los aldeanos fertilicen los campos con su sudor, que el obrero fecunde las ciudades, que mediten los pensadores, que realice maravillas la industria, que haga el genio prodigiosos, que la vasta actividad humana multiplique, en presencia del cielo cubierto de estrellas, los esfuerzos y las recreaciones, para llegar á esa horrorosa exposición internacional, que se llama un campo de batalla.

Víctor Hugo

La Beata

Pasa toda su vida murmurando, de chismes y calumnias se alimenta; su persona se parece á la tormenta que daña donde llega va sembrando.

De ese modo su vida va pasando, solo sabe hacer mal mientras alienta; llega al templo, santiguase, se sienta y las horas se pasa allí rezando.

Con curas y monagos siempre trata, tan sólo al Padre Santo dá dinero; que para nadie más tiene su plata.

Cuando muera ha de ir, según infiero, al infierno, derecha, la beata, suponiendo que lo haya verdadero.

Enrique Cámara

En la vereda

(Del Almanaque de *L'Asino*)

La madre.—Que haces bribón? ¿No sabes que no se pueden tocar esas frutas?

El niño.—¿Porqué, mamá?

La madre.—Porque son de los otros!..

El niño.—Y aquel muchachito, allá, tan bien vestido, se las ha llevado!

La madre.—Pero no las ha robado; las ha comprado con el dinero.

El niño.—Y donde se toma el dinero?

La madre.—Trabajando.

El hijo.—Entonces tu también, que trabajas todo el día, tienes dinero para comprarme frutas!

La madre.—Yo no tengo más, porque te he comprado pan.

El hijo.—Entonces la madre de aquel muchachito en vez de darle pan le ha dado fruta?

La madre.—No; le ha dado la fruta y el pan.

El hijo.—Entonces trabaja más que tú la madre de aquel muchachito.

La madre.—No; ella es una señora y no hace trabajo alguno.

El hijo.—Entonces ¿quién le dá el dinero para comprar tantas cosas, si no trabaja?

La madre.—Se lo damos nosotros.

El hijo.—¿Qué estúpidos somos!

*

**

¿Quién sabe ¡oh ciencia ignota! cuántos mundos encierra cada gota de la sangre que corre por mis venas?

Tal vez cuanto en el cielo contemplamos, junto con el planeta que habitamos, tan solo un poco llena de un grano microscópico de arena del fondo de los mares de otro mundo, que se agita á su vez en lo profundo de un átomo de polvo de granito de otro mundo... y así hasta el infinito.

J. M. Bartrina.

Hoy tenemos el gusto de publicar la memoria que el obrero Jaime Gomila Pons ha dirigido á la superioridad y en la que da cuenta de su excursión á Francia y de su visita á la Exposición de París.

Con ella ha dejado satisfecha el obrero Gomila á la sociedad «Paz y Trabajo» que le designó á invitación de la Alcaldía, y creemos que dejará en su lugar el buen nombre que de inteligentes, ilustrados y laboriosos tienen los obreros de Menorca. Por nuestra parte felicitamos al obrero Gomila por lo bien que ha desempeñado su cometido.

Sr. Presidente del Consejo de Ministros.

EXCMO. SR.:

Sería faltar á los deberes de atención y cortesía si el que suscribe, miembro de la sociedad cooperativa «Paz y Trabajo» de la capital de Menorca, designado para concurrir á la Exposición de París en representación de los obreros menorquines, no diese cuenta al gobierno de S. M., que tanto interés ha demostrado por la clase trabajadora, del resultado de sus observaciones hechas durante su estancia en la capital de la vecina República y de las peripecias del viaje, sufragado en obsequio nuestro por el Real Consejo que tan dignamente V. E. preside. Así, pues, aunque poco acostumbrado á transmitir al papel las modestas reflexiones que sobre los objetos que nos rodean puedan forjarse en su tosco cerebro, por haberse visto obligado desde su más remota juventud á dejar de saborear los benéficos influjos de la educación científica para dedicarse á las duras faenas del ramo de zapatería, movido por los sentimientos de gratitud hará un esfuerzo á fin de dejar cumplida, del mejor modo posible, la misión que el Gobierno le confirió y recompensada la confianza inmerecida que en él depositaron los obreros menorquines al elegirle para que coadyuvara á los esfuerzos que en bien de la industria española ha hecho el R. C. de Ministros de nuestra nación.

El día 5 de Agosto del corriente año y previo aviso de la Alcaldía emprendió el viaje á Barcelona embarcándose en el vapor «Menorquín», llegando á la capital del Principado catalán el día 6 por la mañana. En el muelle, uno de los sargentos del cuerpo de policía le ofreció un coche para trasladarse al Hotel de la Marina, situado en la plaza de Palacio, en donde fué instalado, mereciendo toda clase de atenciones del dueño de aquel establecimiento.

A las pocas horas de su llegada á Barcelona fué á visitarle D. Mario Lopez Blanco, digno Director del grupo de obreros que debía de constituirse con los de las provincias catalanas, valencianas, aragonesas y balear. Como quiera que el exponente, por asuntos del oficio, había tenido ocasión de visitar varias veces el mercado catalán, y conocía perfectamente las mejoras introducidas en la industria de calzado de aquella plaza, no quiso abusar de las reiteradas ofertas que el Sr. Lopez Blanco le hizo de acompañarle á visitar los principales talleres de Barcelona.

El día 7 llegaron los obreros de Castellón, Zaragoza, Tarragona, Palma de Mallorca y otros puntos, estableciéndose inmediatamente entre todos la más íntima cordialidad. Nuestro director no nos escaseó las visitas, preguntando siempre por el trato que se nos daba é interesándose con excesiva solicitud por todos nosotros. Este mismo día dió á cada uno la cantidad de 25 pesetas, citándonos para la una de la tarde del día siguiente en la estación de Francia con el objeto de emprender el viaje y ofreciéndonos coches suficientes para trasladarnos á ella.

Efectivamente, el día 8, á la hora indicada, llegamos á la estación, y allí encontramos á los demás compañeros de viaje, formando un total de setenta y cuatro próximamente. Una comisión del Fomento del Trabajo Nacional acudió allí para despedirnos y, después de recordarnos con atentas y cariñosas frases la misión que se nos encomendaba

y de manifestarnos las esperanzas que abrigaba de que nuestro viaje sería altamente provechoso para la industria nacional, nos hizo entrega de unas cajitas conteniendo vituallas para el viaje. Acto continuo emprendimos la marcha y durante el tránsito, el Sr. Lopez Blanco, con una amabilidad exquisita, iba contestando á cuantas preguntas le hacían los obreros, resolviendo dudas, y dando explicaciones sobre los diversos temas que salían á relucir durante la conversación, logrando de este modo que el viaje de Barcelona á Cerbera pasara casi desapercibido.

A las nueve de la mañana del día ocho llegamos á este punto, primera estación de parada en territorio francés, donde fuimos recibidos por el pueblo en masa que, enarbolando la bandera tricolor, vino á enlazarla con la de oro y gualda que nosotros sustentábamos, bajo los acordes de una música y ante las aclamaciones más espontáneas que nacer pueden de pecho humano. Así reunidos españoles y franceses recorrimos la población, y entre multitud de hachones encendidos nos acompañaron al hotel destinado á los expedicionarios. En él nos sirvieron una saculenta cena, terminada la cual, instigados por aquellas sencillas y bonitas gentes, asistimos á los festejos que se celebraban en el pueblo, fraternizando unos con otros y demostrándonos constantemente nuestras mútuas simpatías.

Poco dormimos aquella noche y á las seis de la mañana del día 9 emprendimos de nuevo el viaje, continuando las conferencias con el Sr. Lopez Blanco quien, atento con todos, recorría los diversos vagones en que iban distribuidos los obreros, para animarlos con su presencia y hacerles más grata la travesía. A las primeras horas de la tarde del mismo día llegamos á Verdeniers, en cuya estación misma nos sirvieron una abundante comida, después de la cual continuamos el viaje á París, llegando á la capital de Francia á las seis de la mañana del día 10. En la estación de llegada nos aguardaba un comisionado con suficiente número de coches para trasportarnos al sitio donde debíamos ser alojados.

Reunía éste tan malas condiciones que todos en masa protestamos espontáneamente de él, viéndonos obligados para librarnos de aquella desmantelada posada, á nombrar una comisión con el objeto de que fuera á exponer nuestras quejas ante el comisario Regio; pero, como dicha comisión carecía de representación oficial, no pudo ser recibida. Con todo, bastó nuestra común protesta para que se nos libertase de permanecer en aquel local, recibíendose la orden de que se nos entregaran ocho francos diarios, que luego se elevaron á once, para atender á nuestro sustento y alojamiento durante la permanencia en aquella capital.

Terminado este incidente nos trasladamos el día 11 acompañados de nuestros respectivos directores á la plaza de la Concordia, acordando hacer nuestra primera visita al Pabellón de España, edificio suntuoso en verdad, mirado por fuera, pero muy desprovisto observado por dentro. Algunas colgaduras y armas de mucho mérito, pero muy antiguas también, y un precioso busto de Velazquez en cobre, obra del renombrado escultor D. Mariano Benlliure, fueron los objetos que en dicho pabellón pudimos observar.

Como quiera que hasta el lunes día 13 no debíamos empezar nuestros trabajos de investigación, aprovechó el exponente los días 11 y 12 para visitar la población, notando entonces la falta que le hacía el conocimiento de la lengua francesa. Sin persona alguna que le guiara y desconociendo el idioma y el terreno que pisaba no lo fué posible pedir detalles de lo mucho bueno que sus ojos admiraban por doquier se dirigía, pudiendo tan sólo hacer constar que lo que le llamó más la atención fué el lema de «Libertad, Igualdad y Fraternidad» esculpido con grandes caracteres en todas las fachadas de los edificios públicos, iglesias inclusive; el or-

den que en todas partes se observaba; la excesiva limpieza de calles y plazas; y el gran respeto que del público merecían los dependientes de la auto-ridad.

Reunidos el día 13 en la plaza de la Concordia, para verificar la distribución por oficios similares, formáronse cuatro grupos con su respectivo director cada uno, debiendo hacer constar que los obreros de mi oficio que eramos tres, y un oficial de sastrería, quedamos huérfanos de dirección, así es que si poco podimos observar, y menos aprender, fué más bien por el abandono en que quedamos, que por falta de voluntad y buen deseo. ¿Que enseñanzas podíamos adquirir en dicho país extranjero, careciendo de persona que nos ilustrara y guiara en aquel laberinto en que nos veíamos metidos, confiando en las promesas que de antemano se nos había hecho? He aquí la observación que momentáneamente se hicieron los desheredados de la fortuna; pero sobreponiéndose á todo y deseosos de cumplir el encargo que sus compañeros les hicieron, decidieron emprender sus trabajos, cada uno de por sí, entrando el que suscribe en el gran Certamen completamente sólo, con el objeto de tomar, en esta segunda visita, nota de las instalaciones que le convenía visitar, haciendo abstracción completa de todo cuanto no tuviese relación directa con la industria á que se dedica, mortificando, como puede comprenderse, la natural curiosidad de ver algo más de lo que por obligación debía de observar.

Durante los días que duraron las observaciones visitó varios departamentos especialmente el español, francés, austriaco, inglés, norteamericano y portugués, con el objeto, no sólo de estudiar las diversas clases de confecciones para compararlas con las que se elaboran en su país, si que también de examinar las diversos materiales, que en tan distintos países se emplean para la confección del calzado y la variedad de máquinas y herramientas destinadas á esta clase de industria.

Distribuido su plan de estudios, empezó á visitar los departamentos, obteniendo de sus observaciones los resultados siguientes:

Departamento Español.—Desprovisto de maquinaria para la fabricación de calzado. Las instalaciones pertenecientes al ramo de zapatería eran pocas, sobresaliendo entre ellas la de Villarejo y Compañía de Bilbao, premiada con medalla de oro, y que contenía una preciosa colección de muestras de calzado de mucho valor que podían competir, si no superaban á las expuestas en los departamentos extranjeros. También figuraban entre ellas por la bondad de sus productos, las de los Sres. Sanz y J. Alonso de Barcelona, premiadas por el jurado correspondiente.

En cuanto al ramo de materiales exprofeso para la confección del calzado estaba escasa, pero dignamente representada la industria española, pues había una instalación en la que el exponente se detuvo, examinando con verdadero interés las muestras de curtidos en ella expuestas y que juzgó de superior calidad, sintiendo no poder consignar el nombre del fabricante por haberse extraviado la nota en que se hallaba consignado.

Departamento portugués.—Desprovisto también de maquinaria. En cambio, figuraba entre otras, la instalación de la sociedad Coimbra y Compañía de Lisboa, repleta de calzado, que por su elegancia, buen corte, bondad y finura llamada poderosamente la atención de las personas inteligentes. Obtuvo medalla de oro. Esta fué la instalación que con más gusto visitó el exponente de las de su clase, por cuanto pudo, gracias á la amabilidad con que lo recibió el encargado que era un castellano, tomar nota de cuantos detalles creyó necesarios, y observar con detención, uno por uno, los productos en ella expuestos.

Departamento francés.—Abundantísimo en todo. Exposición de maquinaria para la confección del calzado, muy nutrida y muy abundante, sobresaliendo las instalaciones de A. Johnson, Rue de Chateau—Landon 28 Paris y la de L. Mouchet, Rue de la Roquette Paris, no sólo por el número de máquinas, si que también por la variedad de ellas que permiten, aplicadas simultáneamente, ejecutar con perfección y prontitud todos los diversos trabajos que se necesitan llevar á cabo para la total confección del calzado.

(Concluirá).